

# EDUCAR: UN ARTE, UNA CIENCIA ...

## UNA VOCACIÓN

---

Isabel Corts Giner



### SUMARIO:

En estas páginas intentamos trazar unas líneas de reflexión sobre la esencia de la función docente. En estos momentos de cambios y reformas educativas, de nuevos retos, necesitamos profundizar en el papel que el docente tiene que tener en el proceso educativo y sobre qué pilares tendrá que apoyarse su formación para ayudarle no solo a alcanzar aquellos conocimientos instrumentales que le serán indispensables, sino también a formar su personalidad, a darle contenido a su vocación, sin la que su profesionalidad carecería de sentido.

### SUMMARY:

Through these pages we try to show some reflection lines about the essence of the teaching training. Taking into account the present educative changes and reforms, and all new challenges it means, we need to go more deeply into the teachers' roll within the educative process and the values that will need in their education to help them not only to reach the basic technical knowledges they will need but also to educate thir personality and to give contets to their vocation, since without vocation their professionalism is senseless.

El Informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI (1997), conocido como "Informe Delors" en su capítulo séptimo define la profesión docente como un arte, una ciencia, para afirmar inmediatamente, que es la fuerte relación que se establece entre el docente y el alumno la esencia del proceso pedagógico, proceso que implica instrucción y formación, porque desde el magisterio de Sócrates no se puede entender el uno sin el otro. Isabel Agüera (1998), lo expresa de manera contundente cuando dice que *"el docente que solo se preocupa de instruir a sus alumnos, solo es un funcionario que ni tan siquiera funciona."*

Al analizar la situación de la educación actual y al proponer los cambios que son necesarios para alcanzar una mayor calidad en el sentido más amplio y profundo del término, y caminar hacia una educación que en sintonía con las circunstancias de este nuevo siglo que se abre ante nosotros, lleve al hombre a su perfección y a la felicidad de saberse realizado como persona, la figura del docente sigue siendo un elemento clave de esa educación humanista que se centra en lograr un crecimiento de la persona hacia su propia realización, en asumir un sistema de valores y un estilo personal de vida (Maslow, 1979). Por eso sigue vigente la afirmación que hacia Unamuno de que *"las reformas educativas se tienen que hacer fundamentalmente en la cabeza de los docentes"*.

La sociedad, consciente de ello, aumenta sus exigencias respecto a la escuela y a los docentes, haciendo recaer sobre ellos toda la responsabilidad de la eficacia y de la calidad de la educación y culpándoles de los fallos y problemas que plantean los jóvenes. A los docentes se les pide no solo tener amplios conocimientos sobre su especialidad, sino saber adaptarlos y desarrollarlos, escoger las opciones pedagógicas más adecuadas en cada circunstancia, formular un proyecto educativo, determinar las necesidades de aprendizaje de sus alumnos y organizar la clase en torno a ellas, fomentar el trabajo en equipo, participar en grupos de estudio y formación, formar el juicio crítico de sus alumnos ante la avalancha de información que le ofrecen los medios de comunicación, reflexionar sobre su práctica docente, colaborar con los padres y con la comunidad.

En efecto, todo ello es necesario y la responsabilidad de los profesores es grande, pero también es cierto que la educación de una persona no depende únicamente de la escuela ni de sus docentes. Hay muchos otros factores que influyen y sobre los que la sociedad tiene una responsabilidad directa. El ideal griego de la “polis” como educadora del ciudadano no es irreal ni imaginario, sino una meta hacia la que toda sociedad debería caminar. No se puede exigir calidad educativa a la escuela si la sociedad no se preocupa de educar, si la calle, los medios de comunicación, las conductas sociales permitidas, y en ocasiones hasta aplaudidas y presentadas como modelo no son educativas.

Por otra parte la sociedad no puede exigir a la escuela y a sus maestros calidad y eficacia en su misión, cuando a la vez valora poco su trabajo, les dedica poca atención, les critica sin fundamento, destina poco recursos a su formación, no cuenta con ellos para realizar las reformas educativas, lo que hace que los educadores se sientan incomprendidos por los políticos, la administración, los padres. Todo ello unido a las difíciles circunstancias que en algunos casos rodean la educación: violencia, falta de respeto y disciplina, falta de recursos, desencuentro con los padres, etc, está llevando a muchos magníficos educadores al desánimo, a la decepción e incluso al abandono de esa gran tarea que habían comenzado con ilusión y entusiasmo.

Esta situación ha llevado a los especialistas a tratar sobre la nueva función del docente, del cambio necesario de su papel en el proceso educativo y de la reforma de los planes de formación, tema que ocupa y preocupa hoy a todos los países.

Es cierto que el papel del docente ha cambiado, que se le plantean nuevos retos, que sus tareas se han diversificado y ampliado y las circunstancias en las que tiene que desarrollarse son cambiantes y complejas, pero si volvemos la mirada hacia el pasado, si repasamos la vida y la obra de los grandes educadores, veremos que los rasgos esenciales de la función docente no han variado sustancialmente, sino solamente las circunstancias en las que se desarrolla y que sin duda le van dando a esos rasgos una concreción distinta, que ciertamente exige una renovación y ciertos cambios profundos en su formación (García Garrido, 1999).

Estos rasgos esenciales podríamos agruparlos en torno a tres ejes :

**EL SABER, EL SABER-HACER Y EL SER** sobre los que tendría que organizarse el currículum formativo de los profesores .

**EL SABER:** El docente tiene que ser un especialista en las disciplinas que enseña y para ello necesita una sólida formación en los conocimientos y habilidades que la constituyen. Para poder enseñar algo hay que conocerlo en profundidad, hay que tener bien asimilados los conocimientos, haberlos interiorizado y construido de manera personal. Solamente así podremos hacerlos inteligibles e interesantes a nuestros alumnos. Y cuanto más pequeños sean nuestros alumnos, más elaborado tendremos que tener nuestros conocimientos para poder adaptarlos a sus posibilidades de aprendizaje. Será nuestro entusiasmo por lo que enseñamos , que viene dado por lo que los clásicos llamaban un “verdadero conocimiento”, lo que podrá motivar y crear el ambiente idóneo para que nuestra comunicación sea eficaz.

**EL SABER-HACER:** No basta que el docente sepa, sino que tiene que saber transmitirlo, incluso más, tiene que saber organizar situaciones de aprendizaje que permitan a sus alumnos poner en práctica procedimientos y operaciones que les permitan construir su propio saber. Tiene que ser, “*promotor de aprendizajes*” (García Garrido, 1999), teniendo en cuenta la heterogeneidad de la clase, desarrollando pedagogías diferenciadas, individualizadas, etc

Esta tarea tiene que apoyarse en una base científica que le proporciona la Pedagogía, la Didáctica, la Psicología, la Sociología, las nuevas tecnologías que reclaman imperantemente su presencia en las aulas, pero también tiene mucho de arte el conocer y comprender el proceso educativo para aplicar en las distintas situaciones individuales o de grupo la práctica idónea y después reflexionar sobre ella, analizándola a la luz de unos conocimientos sociales y humanísticos , para lograr la máxima eficacia y eficiencia.

Los nuevos planes de estudio de las carreras docentes no solo en España, sino en otros muchos países parece que se han creado en torno a estos dos ejes , olvidándose o al menos dejándole apenas espacio al último, EL SER, que creemos es el que da sentido a los otros dos

En las reformas que se viene haciendo de la formación del profesorado se ha aumentado la presencia, sin duda necesaria, de las materias técnicas y experimentales , y están casi desapareciendo las especialmente formativas de la personalidad : Filosofía, Antropología, Historia, Ética. Sin caer en un planteamiento simplista, yo quisiera insistir hoy en algunos aspectos de ese ser que hoy sigue siendo esencial para la función docente.

**EL SER:** Aunque expuesto en último lugar es el componente fundamental de la función docente, que como apuntábamos en un principio es inseparable de la educadora, ya que el maestro, más que con las palabras influye con su vivencia personal , pues el que enseña aparece ante el alumno no solo como alguien que posee unos saberes sino como “*testigo de la verdad y afirmador de valores*” (Gusdorf, 1980). Por ello tenemos que formar profesores que tengan *profundas convicciones y una sólida personalidad*.

*Convicciones* que irán adquiriendo mediante la reflexión sobre el hombre y los fines de la educación a través de una sólida formación en aquellas materias que plantean esta problemática y teniendo asumido el principio de que “*el hombre no llega a ser hombre más que por la educación*” (Kant), pues, para ser hombre no basta con nacer, hay que aprender y este aprendizaje se realiza mediante nuestro propio esfuerzo y en relación con otros seres humanos, y lo fundamental de esta relación no está tanto en aprender cosas concretas como los significados, es decir, aquello que nos da las claves para vivir y comprender el mundo que nos rodea.

Porque la educación es un salir al encuentro del otro para ayudarle a ser “el mismo”, a realizarse plenamente. Para ello el maestro tiene que ofrecer un *modelo adecuado*, un modelo abierto y atractivo, capaz de crear, de innovar sobre lo recibido, y en el que el niño irá configurando su autonomía, los valores sociales, la disciplina intelectual que le llevará a construir su propia personalidad, porque como afirma Savater (1997), la educación nunca es neutral, no puede serlo. Y advierte que si este modelo no se lo ofrece el educador, el niño, el adolescente lo buscará en otros mercados . La búsqueda de la perfección del hombre y el acompañarlo en su caminar hacia esa meta exige tener claras las

ideas para elegir, verificar, descartar, demostrar la bondad de unos modelos sobre otros. Por eso tampoco puede haber un maestro verdaderamente neutral. *Comprensión y flexibilidad* tendrán que acompañar esta firmeza de convicciones para no caer en una rigidez que pueda llegar a anular al otro.

*Una sólida personalidad* hecha de cualidades necesarias para su labor. Hay muchas y todas importantes. Aquí quisiera destacar: *la fe* en el hombre, en su capacidad de aprender, de perfeccionarse, acompañada de un *optimismo* que le hace esperar siempre del otro, paciencia, pues si Dios no se cansa de esperar del hombre, ¿con que derecho podemos nosotros desesperar de los demás? Y *constancia* para buscar caminos y soluciones a los muchos problemas que sin duda irán surgiendo en su quehacer.

*El coraje*, porque para creer en el otro hay que ser valiente, sin desanimarse, aunque no pueda evitar el sentir miedo, impotencia, cansancio y sentimiento de abandono hasta de los más cercanos, coraje que nos tiene que venir del convencimiento de que hemos elegido la tarea más preciosa.

*El afecto*, pues como decía Gabriela Mistral “*si no puedes amar mucho, no enseñes*”. Los alumnos, especialmente los más pequeños, los adolescentes que luchan por construir y afirmar su personalidad, y también los universitarios que están construyendo su proyecto de vida necesitan del afecto de sus maestros, de su apoyo que hace crecer su autoestima. Si no lo encuentran en ellos, en su familia, lo buscarán en otros sitios, porque nadie puede vivir sin sentirse aceptado y querido.

*Carácter firme*: que no quiere decir intransigencia, sino claridad para proponer y cuando sea necesario imponer su autoridad, para ayudar a crecer en la libertad que como personas tenemos el derecho y el deber de ejercer. H. Arendt expresa así el deber del educador de actuar con autoridad: “*Los niños no pueden rechazar la autoridad de los educadores como si se encontrasen oprimidos por una mayoría compuesta de adultos. Los métodos modernos de educación han intentado poner en práctica el absurdo que consiste en tratar a los niños como una minoría oprimida que tiene necesidad de liberarse. La autoridad ha sido abolida por los adultos y ello solo puede significar que estos rehúsan a asumir la responsabilidad del medio en el que han puesto a los niños*”.

*Comprensión y respeto.* Comprensión de la diversidad de sus alumnos, de que cada uno es distinto e irrepetible. Comprensión del pluralismo cultural, racial y religiosa de la sociedad actual, y respeto hacia ellas y hacia todos aquellos valores que vengan de donde vengan suponen un avance y un progreso auténtico para la humanidad. La universalización de la educación que significa el gran logro del siglo XX. El que a ella tengan acceso todos los jóvenes y la convivencia en los centros de alumnos con distintas capacidades, de procedencia social muy distinta, de culturas diferentes, exige hoy de los docentes de manera especial y urgente estas dos cualidades porque en ellas se sustentan otros muchos valores: la tolerancia, la paz...que nuestro mundo necesita para seguir avanzando.

Nuestra sociedad considera el magisterio como una *profesión*, y sin duda lo es. Pero ¿hasta qué punto cabe equipararla, sin más a otras profesiones? ¿Podemos considerarla primordialmente como medio de subsistencia, aun reconociendo la trascendencia social que toda profesión implica? La profesión docente exige la *vocación*, y ambas tiene que ir estrechamente unidas, ya que la vocación sin profesión hace frecuentemente ineficaz y perjudicial la acción educativa, al encontrarse el educador entre la ilusión, el deseo de hacer y la ignorancia de no saber-hacer. La profesión sin vocación conduce al educador al extremo opuesto: un saber-hacer carente de ilusión, cuando no de deshumanización.(Gervilla, 1998).

Parece evidente que quien está llamado a esta misión debe poseer aptitudes y cualidades que habrán de tenerse muy en cuenta a la hora de seleccionar a los aspirantes, por ello resulta disparatado el que accedan al magisterio o a los estudios pedagógicos jóvenes que no han tenido una calificación suficiente para cursar los estudios hacia los que se sentían inclinados, convirtiéndose las carreras docentes en una especie de “cajón de sastre”, donde todos valen, olvidando que el magisterio es responsabilidad asumida, responsabilidad respecto del otro y no se puede encomendar a cualquiera.

## Referencias bibliográficas

- Agüera, I. (1998): *Bolitas de Anís. Reflexiones de una maestra*. Bilbao. Desclée De Brouwer.
- Cardona, C. (1990) *Ética del quehacer educativo*. Madrid. Rialp
- Delors, J. (1996): *La educación encierra un tesoro..* Madrid. Santillana
- Fernandez Pérez, M. (1994): *Las tareas de la profesión de enseñar*. Madrid. Siglo XXI
- García Garrido, J. L. (1999): El profesor del siglo XXI. *Rev. Bordón*, 51, 435-447.
- Gervilla Castillo, E. (1998): Educar hoy : Profesión contra vocación. *Bordón*, 50, 83-91.
- Goble, N. (1980) *La cambiante función del profesor. Perspectivas internacionales*. Madrid. Narcea.
- Gusdorf, G. (1980). *¿Para qué los profesores?*. Paris. P.U.F
- Ibañez Martín, J. A. (1981) *Hacia una formación humanística*. Barcelona. Herder
- Marcelo, C. (1994). *Formación del profesorado para el cambio*. Barcelona. PPU.
- Marín Ibañez, R. (1993). *Los valores, un desafío permanente*. Madrid .Cinca.
- Martinez Martín, M. (1998). *El contrato moral del profesorado. Condiciones para una escuela nueva*. Bilbao. Desclée de Brouwer.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona. Ariel.
- V.V.A.A. (1999). *Aprender para el futuro: nuevo marco de la tarea docente*. Madrid. Fundación Santillana.